

DIOS ESCUCHA AL QUE SUFRE

20 de Octubre de 2019

Evangelio según LUCAS 18, 1-8

Para explicarles que tenían que orar siempre y no desanimarse, les propuso esta parábola:

-En una ciudad había un juez que ni temía a Dios ni respetaba a hombre. En la misma ciudad había una viuda que iba a decirle:

«Hazme justicia frente a mi adversario».

Por bastante tiempo no quiso, pero después pensó:

«Yo no temo a Dios ni respeto a hombre, pero esa viuda me está amargando la vida; le voy a hacer justicia, para que no venga continuamente a darme esta paliza».

Y el Señor añadió:

-Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios ¿no reivindicará a sus elegidos, si ellos le gritan día y noche, o les dará largas? Os digo que los reivindicará sin tardar. Pero cuando llegue el Hombre, ¿qué?, ¿va a encontrar esa fe en la tierra?



La parábola de la viuda y el juez sin escrúpulos es, como tantos otros, un relato abierto que puede suscitar en los oyentes diferentes resonancias. Según Lucas, es una llamada a orar sin desanimarse, pero es también una invitación a confiar que Dios hará justicia a quienes le gritan día y noche. ¿Qué resonancia puede tener hoy en nosotros este relato dramático que nos recuerda a tantas víctimas abandonadas injustamente a su suerte?

En la tradición bíblica la viuda es símbolo por excelencia de la persona que vive sola y desamparada. Esta mujer no tiene marido ni hijos que la defiendan. No cuenta con apoyos ni recomendaciones. Sólo tiene adversarios que abusan de ella, y un juez sin religión ni conciencia al que no le importa el sufrimiento de nadie.

Lo que pide la mujer no es un capricho. Sólo reclama justicia. Ésta es su protesta repetida con firmeza ante el juez: «Hazme justicia». Su petición es la de todos los oprimidos injustamente. Un grito que está en la línea de lo que decía Jesús a los suyos: "Buscad el reino de Dios y su justicia".

Es cierto que Dios tiene la última palabra y hará justicia a quienes le gritan día y noche. Ésta es la esperanza que ha encendido en nosotros Cristo, resucitado por el Padre de una muerte injusta. Pero, mientras llega esa hora, el clamor de quienes viven gritando sin que nadie escuche su grito, no cesa.



Para una gran mayoría de la humanidad la vida es una interminable noche de espera. Las religiones predicán salvación. El cristianismo proclama la victoria del Amor de Dios encarnado en Jesús crucificado. Mientras tanto, millones de seres humanos sólo experimentan la dureza de sus hermanos y el silencio de Dios. Y, muchas veces, somos los mismos creyentes quienes ocultamos su rostro de Padre velándolo con nuestro egoísmo religioso.

¿Por qué nuestra comunicación con Dios no nos hace escuchar por fin el clamor de los que sufren injustamente y nos gritan de mil formas: "Hacednos justicia"? Si, al orar, nos encontramos de verdad con Dios, ¿cómo no somos capaces de escuchar con más fuerza las exigencias de justicia que llegan hasta su corazón de Padre?

La parábola nos interpela a todos los creyentes. ¿Seguiremos alimentando nuestras devociones privadas olvidando a quienes viven sufriendo? ¿Continuaremos orando a Dios para ponerlo al servicio de nuestros intereses, sin que nos importen mucho las injusticias que hay en el mundo? ¿Y si orar fuese precisamente olvidarnos de nosotros y buscar con Dios un mundo más justo para todos?

ORACION DEL ENVIADO

Id por todo el mundo...
Estas palabras están dichas para mí.
Soy continuador de tu obra.
Soy tu compañero en la misión.
Gracias Jesús.
Me encuentro emocionado por tu confianza.

La mies es mucha y los braceros pocos.
Quiero ser uno de ellos.

Muchas personas están caídas
y pasamos de largo.
Quiero ser el buen samaritano.

Conviérteme primero a mí,
para que yo pueda anunciar
a otros la Buena Noticia

Dame AUDACIA.
En este mundo escéptico y
autosuficiente,
tengo vergüenza y miedo.

Dame ESPERANZA.
En esta sociedad recelosa y cerrada,
yo también tengo poca confianza
en las personas

Dame AMOR.
En esta tierra insolidaria y fría,
yo también siento poco amor.

Dame CONSTANCIA.
En esta ambiente cómodo y superficial,
y también me canso fácilmente.

Conviérteme primero a mí,
para que yo pueda anunciar
a otros la buena noticia.

Gracias Jesús,
Me encuentro emocionado
por tu confianza.

UN DIOS QUE TOMA PARTIDO

No hay nada más injusto que tratar de la misma manera a quienes son diferentes. Aunque todos tengamos la misma dignidad, los «talentos» han sido repartidos de forma desigual. Son muchos los factores que hacen que la vida de las personas sea distinta (familia, fortuna, educación, relaciones, capacidades...). Son muchas las brechas y los muros que hay entre las personas o entre los países y regiones.

Dios no excluye a nadie de su amor y su gracia, pero toma partido por el débil al igual que un padre o una madre están más atentos del hijo más necesitado. La Biblia siempre insiste en la proximidad de Dios con los pobres, los oprimidos, los huérfanos y las viudas. Hoy, nosotros, también tomamos partido por los necesitados y las víctimas de nuestro mundo. Estamos llamados, por Él, a poner nuestras capacidades y talentos a su servicio.



PARA REFLEXIONAR

- ¿Cómo es mi compromiso contra la pobreza?
- ¿Trabajamos por la justicia?
- En la sociedad actual, ¿quién sería el juez? ¿quién sería la viuda?